

TREINTA AÑOS



Oswaldo Ramones

SISTEMA NACIONAL de IMPRENTAS / PORTUGUESA

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroy larana


rednacional
de escritores
de Venezuela

Treinta años

© Oswaldo Ramones
Cuentos
© Fundación Editorial el perro y la rana, 2012
Centro Simón Bolívar, torre norte piso 21. El Silencio
Caracas-Venezuela 1011
telef.: (58-0212) 5642469 - 8084492 / 4986 / 4165
telefax: 5641411
correo electrónico:
elperroylaranaediciones@gmail.com
© Ediciones Sistema Nacional de Imprentas
Portuguesa, 2012
correo electrónico:
sistemadeimprentasportuguesa@gmail.com

ISBN 978-980-14-2165-8
LF-40220118004277

El Sistema Nacional de Imprentas Regionales es un proyecto editorial impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, a través de la Fundación Editorial El perro y la rana, con el apoyo y participación de la Red Nacional de Escritores de Venezuela. Tiene como objetivo fundamental brindar una herramienta esencial en la construcción de las ideas: el libro. El sistema de imprentas funciona en todo el país y cuenta con tecnología de punta, cada módulo está compuesto por una serie de equipos que facilitan la elaboración rápida y eficaz de textos. Además, cuenta con un Consejo Editorial conformado por un representante de la Red Nacional de Escritores de Venezuela Capítulo Estatal, el Coordinador regional de la Plataforma del Libro y la Lectura, el representante del CONAC en el Gabinete Regional, un miembro activo de la Misión Cultura, más cuatro representantes de los Consejos Comunales, atendiendo al principio de que El pueblo es la cultura.

Escribir un libro no es fácil, escribir uno de poseía es más difícil, vencer el miedo al ridículo es aún más difícil, sobre todo viniendo de una familia donde el poder lo ejerce una madre, y ésta venida de tierras donde el machismo es absoluto, (Falcón), —no poetas ni pintores, ni cocineros, ni hacedores de cultura—.

Una tierra donde el trabajo obrero, jornalero o de policía, (sin ningún tipo de sentimiento ni expresión peyorativa) es una honra para el hombre, donde los valores que ella y su cultura siembran, es la del hombre del trabajo que mantiene a su mujer y a sus hijos.

No tengo nada en contra de mi madre, por el contrario ahora no hemos convertido en amigos leales y verdaderos, pero con tristeza debo decir que perdí alrededor de treinta años, como hacedor de cultura... y ahora los recupero.

Dentro de estas páginas encontrarán los San Rafaelenses una serie de anécdotas, algunas de las cuales tienen más de esos treinta años que mencionaba, en investigación empírica, pueblerina, hecha a escondidas y no mostradas sino hasta hace algunos años, fecha en las que di dotes de veracidad comprobable, en la medida de

mis recursos técnicos y humanos, y también saliendo de mi marasmo cultural, decidí participar en el Cuarto y Quinto Encuentro Literario Portugueso, José Joaquín Burgos, en nombre de Nuestro querido Municipio, (Concurso de alcance nacional), donde tales escritos merecieron algunos elogios, (creo que todos nosotros lo merecemos), somos un valor cultura, aceptaré las críticas cuales quieran sean, creo que por fin he aprendido a tener el valor de enfrentarlo.

Finalmente debo decir que, —y es irónico— sin la ayuda de ella, mi madre, de Adelaida, también la de mi esposa y mis hijos, que me empujaron hasta enfrentarme con lo que yo más quería, la cultura,... sin los constantes estímulos de todos ellos, no lo hubiese logrado.

...Suponemos que con estas anécdotas, Treinta años, nuestro primer libro que participara en el Cuarto Encuentro Literario José Joaquín Burgos y Hota, Onoto y otros cuentos que participara a su vez en la quinta edición de ese concurso, y que retrata mucho de nuestro pasado reciente y lejano, cancelamos en parte una gran deuda adquirida por nosotros con nuestro Municipio y con Edgar Miranda y Armando Rodríguez Ex Alcaldes de los Municipios San Rafael de

Onoto y Araure.

Por otra parte, en verdad culminamos con una investigación que duro unos nueve años durante los cuales, ya culminada la investigación, y publicados algunos trabajos, que probaran fehacientemente, que nuestra fundación, en cuanto a fecha y protagonistas no sucedió tal como así nos lo enseñaron, iniciamos un trabajo que permitirá a través de cuentos y una cartilla que se encuentra en proceso de culminación, —junto al libro que dará a conocer todos los detalles de esas investigación— a los niños de nuestras comunidades de una forma sencilla lo que sucedió allá por 1726...

Con nuestro más sincero agradecimiento a todos ellos aún más, a las personas que no sólo no creyeron en mí, ni en el proyecto, sino que me ridiculizaron, frenaron mi crecimiento... A todos ellos... muchas gracia porque me obligaron a seguir adelante... Gracias de todo corazón a todos... especialmente a Pablo... y esperen el siguiente que ya cambió la historia de nuestra fundación y algunos detalles relativos a ella...

El autor.

Onoto

*El indiecito Guardián, que cuidó a dos pueblos.
Un cuento que ilustra detalles de la fundación de
San Rafael de Onoto un Primero de Mayo de Mil
Setecientos Veintiséis.*

En una pequeña y transparente quebrada rodeada por muchísimos árboles chicos que producían unos granos de color rojo como la sangre, a los que llamaban Onoto, jugaban, correteaban y reían mientras se bañaban, en sus límpidas aguas, algunos chiquillos, muchos mas de los que podrían contarse con los dedos de las manos y de los pies juntos.

Algunos recogían el Onoto y se impregnaban de él, otros capturaban algunos cangrejos y otros perseguían a los pececillos que parecían volar dentro del agua en todas direcciones.

Parecía no importarles el tiempo, no hacía calor, ni había frío, solo se mantenía una temperatura agradable. Sus padres se ocupaban de sus quehaceres habituales, cuidaban de sus pequeños conucos, pescaban, cazaban y cuidaban de sus viviendas, hechas de una rara mezcla de barro y paja, muy abundante y, además, no crecía mucho.

No había muchos árboles grandes, se podía ver a mucha distancia, tanta que te

aburría caminarla, y no la conocías toda. Estaban comenzando a vivir en ese lugar.

Para ellos no había tiempo. Días, semanas y meses eran lo mismos. Sus abuelos les habían dicho que este lugar siempre les había pertenecido y que provenían algunos de donde salía el sol, otros del lado contrario, otros de los grandes montes muy altos donde siempre había frío y otros de donde siempre había agua y algunos animales muy grandes, largos, feos y delgados, pero con una inmensa boca, tan grande, que podían arrancarle una pierna a alguien más alto que el o hasta tragarse entero a uno de ellos.

Esta quebrada siempre tenía agua y peces, cientos de ellos. En sus márgenes algunas chozas dispersas, cercanas.

Habían tenido noticias de que cerca, a dos días de camino de donde salía el sol, existían unos extraños con cabellos en la cara, a veces rojos y hasta amarillos, y vestían con brillantes luces su pecho y adornaban su cabeza no con plumas, ni con flores ni nada conocido, sino con sombreros que no eran de paja y pesaban mucho.

Poseían ellos unos animales mansos, que montaban y que parecían bravos todo el tiempo, ji ji ji, sonaban.

Pero no les importaba, su vida era todo lo

que conocían y estaba ahí, los otros habían venido de más lejos, de donde estaban las sabanas inundadas de barro.

Y allí estaba Onoto, así le llamaban porque siempre estaba pintado de rojo, simulando mil batallas, con presas inmensas, o con sus pacíficos vecinos, convivían todos, Amaibas, Guaranaos, Guamos y Otomacos, pero sentía tristeza, aunque reía y jugaba. Y es que para él y para todos, los sentimientos eran una mezcla de emociones que no podrían definir.

Su padre se había ido muy lejos, no sabían dónde, fue a cazar y no vino más. Partió una mañana dejando a sus hermanos y a su madre solos.

Es posible que los extraños que ya se habían llevado a otros se lo hubiesen llevado o comido, ¿quién sabe? Onoto sólo sabía que se estaba acercando la edad de cazar y cuidar de las mujeres y los niños, y tenía miedo, porque no había nadie quien le enseñara que debería hacer cuando le tocara.

Y pasaban las noches y los días, hasta que un día despejándose las brumas del amanecer, nunca lo olvidaría, se oyó un tremendo ruido, como si muchos corazones retumbaran en sus oídos, voces extrañas con un lenguaje que no conocía, ruidos como de lluvia y

truenos, llenaron la sabana, el río todo sonaba, vibraba.

Y entonces se dio cuenta, su tranquilidad desapareció, y el miedo volvió desde muy adentro de su corazón. No estaba preparado, no sabía que hacer.

Y en el tumulto de voces, ruidos y conmoción, reconoció un agudo grito, era su padre, Onote, él no lo sabría hasta más adelante, pero su padre se llamaba ahora don Cristóbal y los llamaba a reunirse, alrededor, nadie sabía para qué.

Tampoco sabía él, pero nosotros si, era el día primero de mayo de mil setecientos veintiséis, y por real cédula española se habían decidido fundar un pueblo con el nombre de San Rafael Arcángel, sitio de Onoto, a las orillas de la quebrada donde vivían y jugaban. Y junto a su padre, que fingió no reconocerlo al igual que él, había muchas personas, algunas con esas luces en el pecho, otros con una larga vestimenta de una fibra negra, que no había visto antes.

Onoto observó aún con miedo, que varios de estos seres de vestimentas y colores de piel extraños para él, les rodeaban y empujaban. Sus piernas le fallaban, pero pensando en lo que las mujeres, los niños y ancianos esperaban de él, se levantó y caminó casi a

tientas hacia su padre, para preguntarle qué sucedía.

A lo que su padre respondió a gritos, sin conocerlo aun posiblemente, ¡fundación, fundación, fundación!

Reuníos todos. ¡Conviviremos con los de pelo en la cara!

Y sintió con una profunda tristeza, que su mundo tal como él lo conocía se había acabado, vio como los reunían a todos. Algunas veces se llevaban a las mujeres y a los hombres aparte durante mucho tiempo. Sólo los niños no fueron tocados. Sólo comían, bebían y reían, al verlos entrar y salir del agua. No tenían más nada que hacer; durante días no hicieron más que eso. Y luego después de muchos días les hicieron construir una choza grande donde cabían todos, y algunas pequeñas alrededor en donde entraban y salían los hombres de pelo en la cara. Se quedaron menos pero todos les temían.

Ese día era el primero, para los ojos de Onoto que creía haberlo visto todo, o casi todo. Y se fueron todos o casi todos, se quedaron unos cuantos. Había uno solo al que todos obedecían, un hombre gordo casi del tamaño de ellos, que parecía murmurar todo el día, y los obligaba a oír mucho una retahíla de palabras que ellos

no conocían. Pudo aprenderse los nombres más pronunciados por ellos, fray Salvador de Cádiz y fray Bartolomé de San Miguel (fueron nuestros fundadores.)

Recordó Onoto, mucho tiempo después de haberse ido, que recién comenzaba a caer mucha agua del cielo. Le hacía muy triste el hecho de que su padre no lo reconociera, y que no lo viera convertido en hombre.

Y así pasaron los días lloviendo y floreciendo de amarillo la sabana, todo parecía brillar ajeno a lo que sucedía con los extraños. Se hicieron muy verdes los montes altos. Volvieron a llegar los animales que él conocía Volvió a cazar, a escondidas al comienzo, pero luego se fue armando de valor y comenzó a hablarles a sus hermanos, para convencerlos de irse a donde no estuvieran los extraños.

No pasó mucho tiempo, cuando un día pareció que sus ancestros, vaciaban de un solo golpe toda el agua que había en el cielo, reunió a los más que pudo y se fue, con los truenos y los relámpagos.

Caminó con sus hermanos sin rumbo fijo, buscando donde guarecerse, comiendo lo que otros habían sembrado, cazando, pescando, hasta encontrar cerca de un río grande con un gran paso no lejos de ahí, un lugar que le

encantó, porque no estaba inundado.

Y hasta podía sembrarse, habían llegado cerca de donde está ahora nuestra represa, y se quedaron..

Más ¡qué sorpresa! un buen día llegaron de nuevo los extraños, bajo la lluvia, con sus vestimentas, ya él era más hombre. Los sometieron de nuevo. Él no conocía la humillación, ese extraño sentimiento lo conocería después, pero decidió quedarse y compartir, esta vez se prometió no escapar. Tal parecía que ellos no querían matarlos, pero su alegría desapareció por siempre, Onoto le enseñó a los que pudo y le oían, que la vida no era más que jugar, jugar como niños, y que nada era más importante que compartir.

Hasta que más nadie le oyó y se hizo viejo y nadie recordaba nada, todo se detuvo como si hubiese estado ahí por siempre.

Y un buen día Onoto se fue, nadie más lo vio. Ni fue recordado. Cristóbal tampoco estaba. No era tan difícil vivir con el extraño. Pero ya no habría paz ni esa tranquilidad a la que estuvieron acostumbrados.

Mucho tiempo después del olvido, algunos ancianos sentados alrededor del fuego del fogón, en el rancho del mas viejo de ellos que se llamaba Olegarío Rojas, oían que cerca

del Limón, un poco antes del viejo puente, se veía de vez en cuando a un anciano delgado, enjuto, con una larga y descuidada barba, acompañado de un perro parecido a él. Justo debajo del mango donde pasaba una pequeña quebrada que casi nunca tenía agua. Había un viejo pozo ahí. Le llamaban Juan, le saludaban siempre más él nunca respondía.

Contaban que ahí descansaba sus huesos, luego de bajar del cerro del morro, donde compartía su vida en una cueva con algunos animales salvajes. Nadie supo nunca de donde vino ni a donde fue... o si se fue, puesto que todos coincidían en que cuidaba el lugar.

Luego vino el progreso, construyeron la represa. Los viejos fueron muriendo. Olegario siempre decía que ahí estaba él. Que había hecho un pacto con los constructores y así cobrar viejas deudas, por la desaparición de sus pueblos.

JUAN DEL MORRO

Leyenda, Mito o Realidad

Morro es una formación de tierra en forma de teta, o pecho de mujer que existe en las llanuras y sabanas venezolanas, las hay muy grandes como los Morros de San Juan en el Estado Guárico, y pequeños como el nuestro que se encuentra al suroeste de la represa, y que diera origen a una población que siempre ha existido. Dentro del espacio geográfico, de la actual represa desde tiempos inmemorables.

Cercano a esa población existía pues, el Morro y en esa elevación de tierra vivía, según los aldeanos de esa época, un hombrecito bajo, rechoncho, serio, vestido de manera sencilla pero siempre presentable, usaba sombrero y un pequeño bigote.

De ese hombre nadie conocía nada. Ni sus orígenes, ni su pasado, pero presumían que vivía en una cueva, precisamente en la cúspide del morro, rodeado de animales de todas las especies existentes en esos lares. Cuentan incluso que había una venada grande de buen porte que poseía (cosa rara) una cinta alrededor del cuello y en una en sus piernas de color azul, esa venada hembra era comúnmente vista, respetada y venerada en

uno de los tres pozos naturales que existían, El Lizcanito, El Uberito y El Pozo Quemado. Precisamente en el pozo quemado, del que nadie al parecer recuerda el verdadero nombre antes de quemarse, que era donde mayormente se veía esa hembra se le apareció a una señora de nombre Jovita Rodríguez, un hombre con las características anteriormente descritas y le conminó a ir a la población del Morro y decirles a sus pobladores que cogieran toda el agua que pudieran, porque a las dos de la tarde de ese día se quemaría el pozo. Por supuesto nadie creyó tal cosa, se reían de la mujer, la tildaban de loca, pero a las dos de la tarde de ese día en punto el pozo se quemó, ¡Imagínense ustedes!. Quemarse un pozo que sólo contiene agua; y desde ese entonces el pozo se secó y empezó a conocerse como El Pozo Quemado, olvidándose, —cosa extraña— del verdadero nombre.

De esos tres pozos sólo uno existe en la actualidad, El Lizcanito, y créanlo, o no, produce agua muy fresca, límpida, cristalina y pura. Estos pozos surtían de agua a las poblaciones que existían en ese entonces. El Limón, La Yaguara, El Hato y La Yaguarita. Los habitantes de estas poblaciones eran más numerosos que la población de San Rafael de

Onoto, había alrededor de 30 casas en San Rafael de Onoto, y había más de doscientas en aquellas poblaciones. El Hato era la más grande, más conocida. Precisamente de ahí vienen las locainas, que son los que mas adoran a Juan del Morro.

Todos estos habitantes veneraban de tal forma a Juan del Morro, que como divinidad estaba más cercano a ellos que José Gregorio Hernández y otros santos, porque vivía con ellos. Era tal su veneración y el respeto que le profesaban todos esos aldeanos que él, Juan del Morro tenía su propia capilla entre las poblaciones de El Limón y El Hato, en un sitio solitario. Los aldeanos no se atrevían nunca a acercarse a esa capilla, a menos que fuera para rezar o pedir algún favor. Favor que casi siempre era concedido. Cuando era molestado por los zagaletones de la época, él respondía lanzándoles terronazos, desde dentro de la capilla. Ni siquiera en invierno podía vulnerarse las puertas de esa capilla, para cubrirse de los caparrones habituales. Era implacable. Así nos lo asegura, porque fue su experiencia en muchísimas ocasiones, Candelario Martínez, hijo de Carmen Ricarda Martínez y Juan Raimundo Torres, que vivió, y antes de él sus padres en la población de El Hato, donde transcurrieron sus primeros años

de vida hasta trasladarse a la población de San Rafael de Onoto. Luego que el Ministerio del Ambiente decidiera trasladar a toda esa población que existía en los límites de lo que hoy es nuestro espejo de agua, la represa Las Majaguas.

Y cuentan precisamente, que durante la construcción de ese embalse, ocurrieron tantos percances, dificultades y accidentes, que los ingenieros de esa obra, de tal envergadura, dudaban de si eran ciertos o no los rumores de Juan del Morro, fuera o no un espíritu tan poderoso, que se oponía a la construcción de la represa, por lo que visitando a los lugareños de esa poblaciones, decidieron creyéndolo o no, hacer un pacto con él.

Cuentan todos esos pobladores que desde ese entonces, a algún incauto, transeúnte o pescador, arrastra hasta las profundidades de la represa, una gigantesca culebra, que aun hoy algunos pobladores de la región, han creído haberla visto.

Aún hoy no sabemos si es mito, leyenda o realidad. Lo cierto es que todos coinciden en la exactitud de este relato. Juan del Morro forma parte como vivencias de esta, nuestra cultura que ha de mantenerse por siglos.

¡AH! TIEMPOS AQUELLOS

Era una tarde cualquiera, como todas las vividas en el rancho, bajo el frondoso tamarindo, observando en la distancia a los cerros que ocultaban la languidez del sol y el agua, durante los últimos 50 años.

El rancho era de barro rojizo, techo de palma como correspondía a una familia muy numerosa y humilde. Su padre lo frisaba todos los años al comenzar el verano. Usaban bosta de vaca y gamelote. Todos ayudaban, menos Hilda y José, los bordones y, además, siempre enfermizos. Tanto es así que Hilda, que aún hoy carece de atributos femeninos, medía siete cuartas, un gеме y un deo, y pesaba menos de una arroba. Y José... ni hablar, le decíamos “pata e perra” porque casi le quedaba tiesa una pierna a causa de la polio que le dio a los 9 años, quedándole más corta. Siempre renqueaba, pero con su primer sueldo, se compró unos zapatos de charol “ortopédicos”, que ocultaban su defecto mal disimulado detrás de unos gruesos lentes y una cara eternamente blanquecina.

Esa tarde, mientras los “Rojeños”, golperos larenses, rasgaban las cuerdas y golpeaban sus tambores, oía Hermes una melodía de Pablo Canela, recordando que tocaban añales atrás,

desde los tiempos del tío Olegario, uno de los más viejos. ¡Ah! Así era mi tío Olegario, decía en ese momento Arturo —Secretario del alcalde de turno— en forma por demás socarrona y jocosa, sin referirse a nadie en particular, haciendo alusión a lo Don Juan en su juventud, del viejo en cuestión en sus tiempos de mozo.

A un lado vio a Don Bartolo, un hombre sin nada en el mundo, ni en sus hombros, venido de ninguna parte y que se había quedado con los Rojas, desde ese entonces. Recordando siempre a un viejo puente visto en alguna parte, cerca de trincheras, parecido al que esta hundido por el barro, en medio de la represa. Antiguo fundo de los Rojas.

Declamaba Bartolo ante un coro de curiosos que lo rodeaban, poemas añejos, y en ellos, uno por uno recitaba los nombres de países desaparecidos y vueltos a aparecer tantas veces.

Sus labios ya marchitos, llevaban a los presentes sobre mágicos y gorgojeantes sonidos, la composición geográfica de Europa, Asia, toda América, Oceanía y hasta de Lemurias, supuesta nación atlante. Desconociendo el viejo, en su senilidad y ya ciego, que esa composición, había cambiado nuevamente hacía algunos años, todo ello

—según él— leído en algún Atlas olvidado.

Aquella lánguida y triste tarde, habíanse reunido todos los Rojas, estaban su madre Socorro, casi ciega por la diabetes que contrajera después de la muerte de su padre, acompañada de Hilda, José, Mauro, que cantaba con Julio Cuagulo, el alcalde y su esposa. Arturo con su voz cantarina y el verso a flor de labios, cantando historias de todos. Quienes le oían, sabían de cómo había hecho comer carne de perro asada por él, a Amado Zerpa, el alcalde quien con el siempre eterno, “si” “si” apenas ocultaba el ridículo pasado ante lo que consideró, —junto a muchos otros— una sabrosa carne asada.

Marina —la otra hermana— flaca con su eterno cigarro en la boca, también había venido con Jesús Domoromo -su esposo- venido del “Gatiao”, sus tres hijos y aquel nieto, recuerdo de su primer hijo, ya muerto años atrás.

Mauro, como siempre, el dueño de la casa, aún con aquel tumulto, cuidando sus hijos, después de que su esposa se hubiese puesto unos lentes oscuros al maquillarse y marchara para no volver.

El concejal “pollino”, que nunca decía el origen de su nombre, si por su poca altura, lo laborioso en tareas del campo, lo

poco inteligente o quien sabe que clase de cualidades “ocultas”.

Pancho Castillo —concejal también—, parcelero venido a menos, que envejecía con o sin esposa, con o sin hijas.

Rodeado de vecinos y primos cantaban los “Rojeños” acompañados de “Leal”, “Triunfo” y “Macondo”, tres primos espirituosos baratos. Y fue en ese momento que decidió Hermes irse, tomó su bicicleta y como pudo la cabalgó, cayendo estrepitosamente, —más nadie pareció darse cuenta— la montó de nuevo y logro convencerla de que lo llevara a Mango Mocho, con su familia y su querido hijo.

Nadie noto su desaparición hasta muy entrada la noche cuando llegó la noticia.

El se había ido muy borracho, la policía lo detuvo—mas bastaba la palabra “gobierno”— en San Rafael los Masistas gobernaban hacia algún tiempo, lo dejaron ir.

Dando tumbos tomo a gran velocidad la bajada y en el puente que une a “Mango Mocho” —poblada donde un árbol se negó a morir después de ser cortado cuatro años seguidos—y “Caño Amarillo”. Estrellóse contra la protección de un puente... quedó quieto un instante que le pareció un siglo.

Luego se levanto, no sintió dolor alguno,

sólo una leve confusión, caminó a tientas, buscando llegar a los brazos de su hijo, quien siempre lo acostaba, después del acostumbrado regaño y la alharaca de su mujer.

Sintió que flotaba y corrió... corrió. A lo lejos vio a su hijo venir, su mujer y algunos vecinos gritaban, volaba casi, sus piernas al viento, diciéndole a todos que estaba bien. Trato de abrazar a su hijo, sintió que éste se le escapaba de las manos, que todos pasaban a su lado sin notarlo, como si no lo vieran, no entendía.

Entonces regresó junto con ellos. Y caminó, corrió... corrió hasta llegar al puente que había dejado atrás... al puente y allí vio...

...Una multitud rodeaba algo, trato de abrirse paso. Fue fácil, muy fácil. Nadie lo reconocía, ni lo miraban. Hasta sus hermanos lo ignoraban. Se detuvo frente a lo que parecía una copia de sí mismo bañada en sangre y entonces vio la luz... sintió un largo y profundo corrientazo. Fue cuando entendió. Había muerto.

Nota del autor:

Esta historia está basada en hechos parcialmente reales. La familia en cuestión, habitaba el centro de los que hoy es el embalse “Las Majaguas” y era muy numerosa,

los terrenos que hoy ocupan, comprende un barrio completo y fueron reubicados ahí finalizado la era perejimenista, por el Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales (MARN).

HOTA

Una realidad ficticia, que retrata a una pequeña población venezolana durante el paro petrolero, ocurrido a finales del 2002.

Hota, era una mujer robusta, gorda, negra, que pesaba 139 Kilos y a mucha honra, —decía— Casi no se veían sus ojos ni su boca, era una masa deforme. Su cabello estaba tan trenzado que apenas se diferenciaba de la cabullera de una hamaca. Pero era un pan de azúcar, dulce como ella sola, tierna y preocupada por la gente. No había ser humano que no sintiera en algún momento la presencia de Hota.

No había persona que no hubiera sido inyectada por ella, después de una calentura. Ni niño que no hubiese recibido un coscorrón, luego de un regaño suyo. Ella no creía en la Lopna.

Vivía en una sólida construcción de bloques y ladrillos. Debajo del rancho de Araya, el periodista empaltolao, medio loco, que vino de Chile quien sabe cuando y quiso ser alcalde y se consideró el cronista.

Cuando bajaba de su casa, rodeada de inmensos mangos, la gente la veía balancearse de una pierna a otra, como si fuera a caerse cerro abajo, sin embargo, para su robustez,

era sumamente rápida.

Vivía en la parte más alta de la comunidad de San Rafael, como también era muy alta la estima que sentían por ella.

De mucho dinero su familia, compraba y vendía todos los granos y productos de carne, y papelón que producía la población.

Por esos días el país todo cambio, la industria básica, la producción de azúcar y la captura de sardinas, dejó de ser rentable al ser tomadas por un grupo de bandoleros del país vecino. Dejo de verse podrir a las sardinas, picos de frasco, caribes y caña de azúcar juntas. De inmediato se sintió el impacto social y económico, aumentó considerablemente el precio de los productos básicos.

Algunos de ellos escasearon. Hasta los repuestos de las bicicletas y los precios de estas, único medio de transporte local, se elevaron hasta las nubes.

Sin embargo, por estar en la provincia, se sentía menos ese impacto social y económico. Comenzaban a cosecharse los granos, frijoles, lentejas, caraotas, arroz y muchos otros granos. La carne sí desapareció casi de inmediato. Nicanor, el marido de Hota, se la llevó a Las Tucúraguas porque consiguió un mejor precio.

Nacha, era todo lo contrario de Hota, delgada con grandes caderas, mandona, dominante, agresiva, usaba unos lentes de carey para darle un dejo de intelecto a su persona. Su lengua viperina le permitía de vez en cuando poner a pelear a los vecinos. No todo era maldad en ella. Aceptó a Torcuato, quien era el comunista del pueblo y hablaba de una revolución que conoció, de los tantos libros que había leído, y que cada día religiosamente después de las siete y hasta las diez de la noche, explicaba a todo el que tuviera la dudosa suerte de pasar por el frente de su pequeña parcela. Nacha, era siempre la primera en su auditorio. Convencida de que había que cambiar el actual estado de cosas del país y del pueblo. Había que importar la revolución y su esposo era el indicado para ello.

Así que debido a la crisis, Nicanor quiso sacar provecho, y le pidió a su esposa Hota que comprara pero no vendiera granos de ningún tipo. Comenzaron a almacenarlos en la parte de atrás, en el galpón que estaba después del gallinero.

Así que Hota, con dolor, obedeció a Nicanor, pero siempre vendía a la gente los granos. Poco pero les vendía. Nicanor empujaba los granos por la parte de atrás,

ante los ojos de todo el mundo, y ella a su vez vendía un poco por el frente.

¡Queremos granos! ¡Más granos! No queremos carne. Queremos granos. Le decían a Hota, los ahora, cada vez más numerosos vecinos.

Justamente a la hora en que Torcuato, leía un discurso, cada vez mas aceptado y con un auditorio más grande, llegaba Nicanor con otra carga de granos. Trajo también mucho fertilizante. Uno nuevo que era muy bueno. Lo guardo todo en la parte de atrás y cerró el galpón.

Y entonces ocurrió algo que nadie esperaba, llovió. Llovió mucho, como nunca antes. Parecía que se hubiese roto el cielo. Nadie esperaba un hecho tan insólito en el mes de marzo. Aunque ya habían florecido los apamates, señal segura de próximas lluvias.

Torcuato, junto a su esposa Nacha, juntaron a los vecinos que le seguían como si fuera un Mesías hablando sobre la revolución. Y fueron gritando por el pueblo, hacia el galpón del esposo de Hota. Culpaban a Hota de la escasez y acaparamiento de granos.

—Enséñanos los granos ¡Hota!, Véndenos los granos, ¡Hota!. No te escondas, Danos la cara ¡Hota!. Y Hota, avergonzada se

escondía.

Lloraba su desgracia, su esposo huyó al acercarse Nacha y Torcuato, con los vecinos.

—Danos la cara ¡Hota!, ¡Enséñanos los granos! En verdad fueron todos, mojados empujaron las puertas del galpón y las tumbaron.

Pasaron y comenzaron a sacar los granos. No eran muchos los sacos, algunos cientos. Pero sin saberlo también sacaron el fertilizante nuevo, que Nicanor había recibido del gobierno para la próxima cosecha. Seguía lloviendo, como nunca, se veía venir el agua de los cerros abriendo camino con fuerza, tumbando palos y arrasando con todo.

La gente resbalaba, se caían los sacos, se salía el grano y se juntaba con el fertilizante, y se perdía todo con el barro, sabana abajo hacia Candelo, y fue ahí donde al día siguiente se reunieron a llorar su desgracia, que vieron con asombro bajo un sol radiante a Hota, recogiendo los granos que comenzaban a germinar y crecer.

Crecieron, crecieron tanto durante los próximos días, que dos de ellos no podían ser llevados en un tráiler de reparto. Hota feliz los repartía. ¡Danos más granos Hota!, Y se lo llevaban. Corralito, Mango Mocho, La

Arenera, Banco Obrero, El Pozón, La Canal y hasta los barrios nuevos como El Milagro y Caño Amarillo, llevaron los granos de Hota, que crecían cada vez más. ¡Danos más granos Hota!, Y ella irradiaba un mundo de alegría. Ya no le gritaban ¡Danos la cara! ¡Hota! Y ella siempre avergonzada. No. Ahora era ¡Danos más y más granos! ¡Hota!

...Y crecieron mucho los granos de Hota... y comieron mucho los granos de Hota. Fue tan grande la expansión de los granos de Hota, que todo el pueblo estaba lleno de Granos Gigantes. Se volcó la gente de los pueblos vecinos, de otras ciudades también vinieron y comieron de los granos de Hota. Y las plantas que germinaron de los Granos de Hota crecieron hasta ocultar las casas y las plazas. Las calles y los caminos se fueron llenando de los inmensos granos de Hota.

Hota bajo la luz de hoy de ese sol radiante que trajo el verano, desapareció bajo ese frondoso bosque, en que se convirtió la población.

EL NIÑO SIMÓN

Este cuento fue realizado para realzar la obra y vida de Simón Bolívar en nuestro Municipio.

—¿Y porque me pusieron de nombre Simón?

—Le preguntaba aquel niño inquieto a su nana—la negra Hipólita.

—Puéés porque, tu abuelo, tu bisabuelo y tú, se llamaron así y tenían mucho de eso que llaman linaje. Le respondió la negra, mientras le limpiaba la cara llena de tizne de la cocina que atendía.

—¡Y ahora quédate quieto, no brinques más!. Que si te portas bien más tarde te cuento otra vez, lo de tus abuelos y tu padre.

Estaban en la cocina, ésta era amplia de varios fogones, compartían el bullicio de los muchachos, las negras con sus trajes, que no dejaban de hacer frú-frú, cuando caminaban.

La casa era amplia y lujosa, pero de una sencillez extraordinaria, de paredes gruesas y muy fresca.

En medio de la sala se veía un retrato del padre de Bolívar, elegante, de mirada penetrante e inteligente, de ojos oscuros, muy parecido a Simoncito. Este cuadro era

siempre el motivo de las conversaciones de los niños con la negra, pero era Simón quien entre saltos y brincos siempre se interesaba más por los abuelos venidos de más allá del mar.

La fachada de la casa era simple, pero el patio era inmenso con muchos frutales y un jardín hermoso, donde habían muchas trinitarias y hasta un cotoperí. Era en este patio donde se reunían todas las tardes la negra y los niños, pero era Simón el más interesado en conocer sobre el pasado de sus padres y abuelos, que la negra les contaba.

Esa tarde como todas las tardes, mientras sus padres hacían la siesta, la negra comenzó con los sonidos habituales...

—¡María Antonieta!. ! Juana María!!Juan Vicente! !Simón José Antonio de la Trinidad!

Gritaba con fuerza la negra, llamando de último y con todos sus nombres a su preferido, quien por cierto era quien le daba mayores dolores de cabeza.

—¡Vengan!. Vamos a hablar de sus abuelos.

¡Ya voy! Casi a coro respondieron y se acercaron.

—Vamos nana comienza.

—¿Por donde?

—Por Simón el viejo.

—Oigan pues.

—El primero que llegó fue tu tátara tatarabuelo, hace muchos años, yo no había nacido, ni mis padres, llegó a una isla que llamaban Santo Domingo. Era noble, rico y educado, y me contó el zambo, que ocupó enseguida muchos cargos de gobierno.

—¡Es más!. Fíjense que cuando mandaron al gobernador de allí a Caracas, que tenía muchos problemas, se lo trajo también, aquí se hizo muy conocido y viajaba mucho a España con peticiones del pueblo.

—El zambo sabe mucho y me dijo que España, que es de donde vinieron todos los blancos, tenía problemas con las colonias que estaban muy mal atendidas y que esto hacía que muchos blancos pensaran que debían ser libres, pero nadie se atrevía a enfrentarse con España.

—Sin embargo, era un hombrecito muy valiente, estaba con el rey, pero también quería que fuéramos libres.

—El zambo me dice que toda Europa, así dice él que se llama, por lo que oye cuando los blancos hablan estaba convulsionada, allá también querían ser libres. No se de quien, —porque ellos no tienen mas amo que el rey— pero habían muchas ideas nuevas, muchos inventos, se escribían montones de

libros con esas ideas.

¡Ven porque tienen que aprender a leer, a escribir y estudiar mucho!

Yo sé que no les gusta mucho, pero con los libros fue que tu familia aprendió todo lo que saben.

—Vamos negra no nos regañes y dínos más— ¡Ya va!... No me atosiguen muchachos.

Fíjense, que en San Mateo donde están las minas, a donde vamos en verano, han nacido cuatro veces los abuelos míos. Y allí han vivido todos ellos. Ese lugar es de los Bolívar hace mucho tiempo. Ese lugar es la más grande riqueza que tienen sus papás.

—¿Y lo de los ojos nana? -inquirió Simón.

—¡Pues fíjense!— Tú Juana y tú Juan son rubios y de ojos azules, y tu María y tu Simón, tienen los ojos más oscuros y ese color de piel que tanto les gusta.

—Dice el zambo que tu tatarabuelo Juan de Bolívar, se casó otra vez ya viejo, con María Petronila Ponte, quien sólo aparecía en el registro con el nombre de María Josefa, negra ella, fue su tatarabuela y dice el zambo que por eso tú eres tan inquieto y porfiado Simón, igual que tu hermana María y por eso es que se quieren tanto. Pero eso es lo que dicen. ¿Cómo puedo saberlo yo siendo

negra?

—Pero hablemos de otras cosas. Fíjense que su padre que nació en el 26, era muy valiente, él defendió al puerto de los ingleses que no nos dejaban comerciar con España, a los 21 años ya era diputado caraqueño y por eso estuvo en España muchos años.

Y cuando vino, era diferente sabía más, tenía más porte, fue gobernador, juez y hasta comandante de ese regimiento que fundó allá en San Mateo.

Un día él firmó un documento donde decía. “Nos encontramos en una vergonzosa prisión y somos tratados peor que a los negros esclavos en quienes sus amos confían más. No nos queda más remedio que sacudir este ignominioso yugo “.

¡Él si que era valiente!

Hasta le escribió una carta a alguien llamado Miranda pidiéndole que comenzara la revolución, esa carta —me acuerdo— decía. A la primera señal que nos haga, estamos dispuestos a seguirlo como nuestro jefe hasta el fin y a derramar hasta la última gota de sangre en esta empresa tan grande y honrosa.

La negra Hipólita, ya en el cielo; rodeada de los angelitos blancos y negros de Andrés Eloy Blanco, recordaba con nostalgia al Simón

inquieto y porfiado que crió.

Pero le dolía profundamente toda la tristeza que siempre le acompañó.

Recordaba a sus maestros y los esfuerzos casi inútiles que estos hacían para que este aprendiera. Andrés Bello quien luego deja una obra imperecedera, la Gramática Española y fuera Diplomático, apenas tres años mayor que él, muy culto si era. ¿Cómo podía enseñarle a alguien con una personalidad tan avasalladora, tan rebelde, tan indómito y que tuviera ganas de todo menos de estudiar?

¡Ah!. Pero Simón Rodríguez sí. Él era diferente, tan rebelde como él, doce años mayor, estudioso de los grandes filósofos y pensadores de la época, concededor de los problemas sociales y políticos de la Europa de entonces, aunque no fue político siempre estuvo inmiscuido en problemas de este tipo, incluso en Europa, donde también encontró y frecuentó a Bolívar.

Se reunían frecuentemente con jóvenes latinoamericanos que tenían sus mismas ideas libertarias, por ello primero España y luego Francia, les pidieron amablemente salieran del país. Y fue así como fueron a dar a Italia, donde realizó, posiblemente sin gran convencimiento, casi solo por complacer al maestro, el juramento del Monte Sacro.

Recordaba la Negra, la gloriosa gesta emancipadora que lo condujo a libertar a cinco naciones que se convirtieron en seis, Venezuela, Bolivia, Perú, Colombia con Panamá en sus límites geográficos y Ecuador.

Pero también recordaba su tremenda negativa a convertirse en político y su apego a los poderes constituidos, que lo llevaron con profundo dolor hasta el sepulcro.

¿Cómo podía olvidar la Negra a su hijo preferido?

Si lo acompañó siempre, hasta esperarlo, para estar cerca de él..

HABLEMOS UN POCO DEL BOLÍVAR NIÑO Y DEL BOLÍVAR HOMBRE.

(El cuento anterior y este relato biográfico fueron realizados para destacar la vida y obra de nuestro ilustre prócer y está dirigido a los niños y maestros de nuestras escuelas)

Simón Bolívar nace un 24 de julio de 1783, en la Caracas colonial convulsionada de aquél entonces, conmovida hasta los cimientos por ideas renovadoras productos de los cambios que se gestaron en la Europa recién salida del feudalismo. Era el cuarto hijo de don Juan Vicente Bolívar y doña María de la Concepción Palacios y Blanco. La familia de Bolívar era de la más nobles y ricas de la aristocracia criolla. Gozaban de mucho respeto y estima en las Indias Occidentales, su linaje criollo comienza con la llegada a Santo Domingo hacia 1560-70 de Simón de Bolívar, este ocupó cargos de gobierno y cuando el gobernador de Santo Domingo fue transferido a Caracas, éste se llevó también a de Bolívar. Pronto fue muy conocido y enviado numerosas veces a España con peticiones de la colonia, en uno de ello requirió información de su linaje, así que el 5 de julio de 1574 recibe respuesta, según la cual era de origen noble de las provincias

vascas.

La familia Bolívar ocupó cargos de importancia y en los Tribunales, Católicos devotos, casaron con nobles criollas descendientes de Españoles, Navarros y Andaluces. San Mateo origen, de su fortuna, estuvo en sus manos por mas de doscientos años, algunos de ellos fueron alcaldes.

Sin embargo al parecer todo ese linaje fue roto en la persona de María Petronila Ponte, quien fuera la segunda esposa de Juan de Bolívar a comienzos del siglo XVIII, sus orígenes no están del todo claros al parecer la madre de ésta fue la hija ilegítima de una mujer desconocida que aparecía en el libro de registros sólo con el nombre de María Josefa. Fue ella la tatarabuela de Simón Bolívar, eso explicaría de ser cierto algunos rasgos emocionales y físicos de nuestro Simón Bolívar, su color de piel, ojos y nos añadiría un poco de orgullo sudamericano.

Su padre, nació en 1726 defendió contra los piratas ingleses los puertos venezolanos, ya a los 21 era electo diputado caraqueño en España donde pasó algunos años que no le hicieron olvidar a Venezuela y sus ideas renovadoras, con más cultura y experiencia política ocupó otras designaciones, fue gobernador, juez y hasta comandante de

un regimiento creado con el fin de enfrentar a los ingleses. Hoy sabemos que aunque aparentaba lealtad al rey, ya alimentaba la insurrección. En 1781 firmó un documento que decía “Nos encontramos en una vergonzosa prisión y somos tratados peor que a los negros esclavos en quienes sus amos confían más. No nos queda más remedio que sacudir este insoportable e ignominioso yugo”. Bolívar envió una carta a Miranda donde le pedía, que comenzara la revolución. “A la primera señal que nos haga, estamos dispuestos a seguirlo como a nuestro jefe hasta el fin, y a derramar la última gota de sangre en esta empresa tan grande y honrosa”. Este pues, era el padre de Bolívar así descubrimos que las mismas ansias de libertad, estuvieron presentes en su padre, pero no fue sino Simón Bolívar quien las llevara a cabo. Hombre de acción, adaptable, de ideas liberales e independiente, elegante con penetrantes ojos oscuros y mirada inteligente, a los 46 casó con una joven de catorce quien en 10 años le diera cuatro hijos, dos niñas: María Antonieta y Juana María, dos niños Juan Vicente y el pequeño Simón José Antonio de la Trinidad.

Los pequeños tenían sus diferencias Juana y Juan Vicente eran rubios y María Antonieta y Simón eran de piel más oscura y penetrantes

ojos negros.

Pero así como las épocas marcan los hechos, también huérfano a los tres años, continuó con su abuelo materno y su madre hasta la muerte de ella, seis años más tarde en 1792, por esos días también fallece también su abuelo y se casan sus dos hermanas, de manera que Simón quedo solo ante la vida, su educación fue una combinación de influencias extrañas en un ser poco sociable, alejado de un hogar estable y tranquilo en brazos de las turbulencias sociales de la ciudad pierde su ingenuidad.

Esa ciudad era la tercera en importancia de Sudamérica, poca desarrollada su educación a un nivel científico, poco influyó en los jóvenes aristócratas. Bolívar era un muchacho salvaje vocinglero, más preocupado por los placeres que por los estudios, bajo la tutoría de José Sanz pasa algunos años, hasta que su tío Carlos Palacios lo tomó a su cargo y cuidara de que tomase nociones de lectura, escritura geografía e historia. La educación la recibía en casa, su padre hubiese querido que se formara en Europa sin embargo las condiciones imperantes no lo permitieron.

De sus maestros se puede decir que el primero, Andrés Bello, hombre de letras famosos por sus gramática española, apenas

tres años mayor que Bolívar poca influencia sobre él tuvo, más no sucedió lo mismo con Simón Rodríguez nacido en 1771, doce años mayor, ya había leído a todos los filósofos conocidos en la época (genio o loco) su nombre verdadero era Simón Carreño, de mirada penetrante con rasgos de genialidad y de locura. De él diría más tarde Simón Bolívar “he transitado el camino que Ud. Me ha señalado” para luego agregar “Ud. ha moldeado mi corazón para la libertad y la justicia, para lo grande y lo hermoso”.

Descrito lo anterior no puede extrañarnos que Simón Rodríguez se viese envuelto en incidentes políticos, que finalmente le obligaran a dejar Caracas. El primero de ellos llamó la atención de Bolívar hacia la política en 1796, la guerra con Inglaterra, el bloqueo de nuestras costas por los ingleses, la interrupción del comercio el alza de los seguros, la derrota de España en 1797, con la pérdida de Trinidad, la insurrección de los negros aplastada, ponía de relieve el polvorín sobre el que se asentaba el continente latinoamericano, muchos españoles criollos apoyaron abiertamente una insurrección armada y fueron derrotados y detenidos, Bolívar fue apático en su participación pero. ¿conocía los hechos? Los problemas políticos

hicieron que el gobierno prestase mayor atención a las milicias recién organizadas, el padre de Bolívar había formado un batallón, la milicia de Aragua, y a esta unidad se unió Simón Bolívar como cadete a los catorce años, durante un año.

Todos esos desordenes hicieron que su tío Esteban le enviara a Madrid para mejorar su formación y alejarlo de los problemas políticos de entonces y hacia allá viaja en 1799. Su ignorancia era desastrosa, convinieron sus familiares en prepararle en unos cuantos idiomas, matemáticas, el arte de la danza y el duelo y fue allí con un sudamericano de nombre Mallo, y luego bajo el cuidado del Marqués de Ustariz, donde desarrolló el gusto por la lectura, leyendo filósofos, historiadores y oradores, leyó todos los clásicos modernos de Francia, España ,Inglaterra, Italia, de los antiguos Plutarco fue quien más le impresionó. Pero les daba contínuos problemas por su impetuosidad, hasta el día en que su tío fue arrestado, se marchó y fue en casa del Marques de Ustariz donde conoció a María Teresa, hija de un noble nacido en Caracas Bernardo Rodríguez del Toro. De muchos encantos con sus veinte años, atrajo a Bolívar que contaba 17, por su dulzura y madurez de carácter. La cortejó hasta lograr

el consentimiento para casarse, viajaron a Caracas en 1802, su felicidad, que era grande, duró poco, su esposa no pudo resistir los cambios del clima tropical y muere muy pronto para dejarle y ahora definitivamente en la más profunda soledad. Al hablar de su matrimonio unos veinticinco años después, decía, “de no haber sido viudo, quizá mi vida habría sido distinta. No me habría convertido en el General Bolívar ni en el Libertador de Sudamérica. La muerte de mi esposa me puso pronto en el camino de la política”.

Durante su permanencia en Europa, se reunía frecuentemente con latinos, entre ellos, Simón Rodríguez. Todos estos jóvenes tenían algo en común y era el ver liberadas a sus patrias. Le fue pedido gentilmente al igual que muchos de esos aristócratas que abandonara el país primero; España luego Francia, hasta que en Italia hace el juramento en el Monte Sacro que lo inmortalizara al cumplirlo.

Regresa a Venezuela y se entrega en cuerpo y alma a la causa patriota, hasta su muerte el 17 de Diciembre de 1830. Su vida estuvo rodeada de mucha soledad e incomprensión, de muchos avatares. Finalmente muere sufriendo por su Patria.

MI LOCO

*El Feliciano Carballo de San Rafael de Onoto.
Genio, Poeta o Loco.*

En el año 44, cuando Venezuela, con sacrificios, pasaba de una economía agrícola a una petrolera, vino al mundo Cruz Baltasar Landaeta. Su cuna, la pujante Barcelona del Oriente Venezolano.

Sus padres habían venido de Cumana. Agricultores, incultos, sencillos, analfabetas que vieran sus primeras letras en el libro Mantilla... empíricos, autodidactas... trajeron ellos al mundo, un poeta de la madera. Un hombre que transmite poesía a cada una de sus obras. Y que naciera realmente años más tarde para el arte.

El grupo Estadal Anzoátegui, baluarte de la educación perezjimenista en el Oriente del país le dio sus primeras luces, luego en la Caracas de los techos rojos, la desaparecida Escuela Técnica Industrial de Caracas, cinceló para la historia, con las herramientas ocultas del alma, (aún no descubierta), nociones y rudimentos en 730 días de clases en madera y hierro. Herramientas vaya usted a saber por qué conoció y olvidó para recordarlas años más tarde. De allí salió sin recursos, como

todo cultor, para llevar una vida sencilla, humilde.

De obrero fueron sus primeros pasos en la construcción... ayudantes de quién sabe cuántas cosas.. lunchero un día, con los apostadores del hipódromo otro...

Su trajinar en la vida le llevó a Valencia, ciudad que trató de formarle para la vida que se niega a comprender El Cubanito, de Valencia, fue uno de los tantos lugares que le vieron pasar muchas veces de su enjuto y magro cuerpo. Esos avatares cotidianos y sus declive económicos, su emotiva y solitaria vida le llevaron posteriormente a San Carlos, donde con una hectárea trató de inundar el mercado con cambures, en la época que los agricultores pequeños no existían.

En ocho años se tituló de agricultor fracasado, tratando de encontrar su vida, su destino. San Rafael de Onoto, fue la próxima población que le detuvo. En el año 87, le vio llegar, con un asma que se agravaba cada día, debilitando su cuerpo y dándole templanza a su alma. Cuantos amaneceres de frío, en un rancho de bahareque que hoy se derrumba ¿cuántas veces taló los arboles que sembró antes con tanto esfuerzo? y cuya sombra hoy cuando crecen, le hacen daño.

Sembró tantas cosas en 2 hectáreas, regalo

de un sindicato que no tenía nombre, situado en un lugar conocido como Los Hornos, lugar que desde la colonia fabricaban rudimentaria cal, por aquellos tiempos pretéritos, ese rancho que VINCLER y CUPERCA, (las dos empresas más grande que jamás haya tenido la pequeña población), le ayudaran a construir cuando comenzó la represa Las Palmas. Ese regalo del gobierno lo sentó en una ruina más grande, al no poder atender sus tierras.

Como todo campesino de conuco, los terratenientes, la falta de experiencia agrícola, y de recursos lo empobrecieron aún más. Todos esos amaneceres, gobiernos van gobiernos vienen, así hasta la cuarta o quinta. Ya no importaba recordar. Plantó sin cosechar tomates, yuca, guanábanas, maíz, mango.

Y fue aquí, donde nació para la vida, para su vida, esa vida infrahumana de todo cultor, fue aquí donde junto con su asma y sus necesidades, comienza a imprimirle poesía a la madera. Poesía, talla y madera... poseía, talla y madera.

Sus obras poseen una gran carga de sensibilidad, casi rallan en la protesta, sin militancia política, odia por igual a todos y a todas las desigualdades que aún hoy perduran, en la forma de gobernar de los políticos

de turno. Con esos secos y pequeños ojos inquisidores, mira sin mirar e imita al torno mecánico, sin utilizar más herramientas, que sus manos. Elabora todo lo que usa con clavos, tornillos y pedazos de hierro, que le entrega con ternura su sempiterna compañera, la vieja carretera Acarigua - San Carlos.

Esos pininos técnicos caraqueños, le permitieron nacer realmente y morir de nuevo para el arte. Como decía el poeta Oswaldo Ramones... "muerto estoy más vivo en ti... en el espíritu de lucha que me protege, de los embates de mi soledad".

Sin escuela, su soltura investiga la profundidad del quehacer cotidiano en un arte totalmente utilitarío, que aún perdura. Allende la colonia se detuvo en el tiempo Cruz Baltazar Landaeta, en el tiempo y en el espacio en el pequeño caserío donde vive, Los Hornos, que formara parte antes, durante y después del proceso de coloniaje, con una mina de cal que fue explotada posiblemente por los pocos españoles e indígenas de aquellos tiempos.

Ha compartido detalles de su vida y de su arte con estudiantes universitarios. Ha recibido invitaciones, ha expuesto en muy pocas partes. Su negativa a exponer lo coloca en una difícil posición, al considerar

su arte inferior o acaso superior. Nadie lo sabe a ciencia cierta, es solamente arte. La prensa y muy pocas personas han visto sus obras. Su idea de la vida y de la sociedad le han cegado. Comparte su soledad con el mismo, por esas pasiones siempre ocultas en el alma y el talento de muchos, que los hace embriagarse de locura. Sus rasgos al igual que muchos otros talentos, expresan inconformidad, impotencia. Forma parte de los artistas no reconocidos por el sistema y por el arte, la cultura que aplasta, que subyuga, al no existir, la cultura, la negativa de los que pueden.

Todo esto lo hizo compartir el aire frío y los atardeceres de esos lugares, con otro conterráneo, con más brillo, pero no por ello menos sufrido y humano Feliciano Carballo... quien en la misma población fuera un total desconocido, como si no existiera.

Para hombres como ellos no existe Dios, ni Biblia, ni talento, ni sociedad, sólo una inmensa soledad.

Ese es el hombre al que conocerán y juzgaran por ustedes mismos, en este cuento de hoy en San Rafael de Onoto...

DECOMODONCANDELARÍOEMBROMÓ A DON VENANCIO

*el que llevaba borrachitos al río, en su carrucha
de madera.*

Don Venancio, —cuentan las leyendas vivas de esta pequeña comunidad— era un hombre que vivía sin esposa y sin hijos, en un rancho de barro cuya puerta y ventanas eran de laminas de zinc.

Hacía cualquier cosa para sobrevivir y algún día habló con Don Diverantino y el ayudante de éste, un mozalbete de nombre René, —así nos lo contó Don Candelario Martínez— sobre la posibilidad de que le regalaran los huesos que sobraban de la carnicería, también algo de verdura que estuviera a punto de descomponerse, ambos aceptaron, pero para el pequeño ayudante era un profundo problema. Menor de edad, además criado con respeto, no conocedor de las técnicas populares de defensa, acercarse cada día a llevarles huesos era una odisea, porque sucedía que Venancio salía todos los días con su carrucha de madera y llevaba al río, cercano unos trescientos metros, para ser violados mientras dormían, a cada borrachito que encontraba en esas noches estrelladas del

San Rafael añejo. Para muestra dos anécdotas populares, y estos hechos son recientes, hablamos de menos de cuarenta años.

Una de ellas le aconteció a un personaje muy popular. ¿A dónde me lleva don Venancio? le preguntó ese conocido personaje, al verse acostado en la carrucha de madera con los pies colgando cerca del cuerpo de Don Venancio. ¡ Te llevo no... te traigo a la plaza, porque ya te lleve al río!

La otra cuenta de una mujer muy popular que vivía cerca del centro, muy acida y embromadora ella, cuando preguntó a Don Venancio, para reírse de él. ¿Don Venancio, a quien te llevaste al río anoche, quedándose sorprendida con la respuesta. Anoche no... esta mañanita a las seis, me lleve a tu hermano, que lo encontré dormido en la plaza cuando venia a buscar los huesos para el almuerzo. Allá esta durmiendo en la casa, porque pesa mucho. La joven guardo silencio y nunca mas volvió a hablarle ni a burlarse de él.

Don Venancio y Don Candelario eran pues amigos hacia algún tiempo. El apelativo coloquial de Don, acercaba a todas las personas, en una época en que el respeto y las buenas costumbres eran normas de vida. Estaba comenzando a crecer a San Rafael de Onoto luego del inicio de los trabajos

de la construcción de la represa, El Hato, La Yaguara, La Yaguarita el más poblado y cercano a San Rafael, entre otras poblaciones que estaban dentro de la represa habían sido abandonadas. Hasta la carretera vieja, el viejo puente, el mango gigante de El Limón caído que aún vivía y Juan del Morro Pelayo. Todo ello casi formaba parte del pasado. Y en ese San Rafael de antaño que recién comenzaba a llamarse así, pues en realidad tenemos dos aspectos muy importantes dentro de nuestra historia, después de la fundación y antes y después de la represa. Antes, muchísimo antes de la construcción de la represa, más de doscientas familias vivían sudaban, trabajaban y compartían una vida plena en común, y después crece como la represa la población de San Rafael de Onoto, puesto que la construcción generó montones de empleos, y luego quedaron las parcelas con todo su contenido histórico, cultural, económico, político... toda esa inmensa población que hacía vida en las poblaciones de El Limón, El Hato, La Yaguara y La Yaguarita fueron a engrosar a la población de San Rafael de Onoto, que apenas contaban con treinta y seis casas, una de las cuales estaba desocupada.

Fue en ese San Rafael de Onoto, en la casa

de don Peraza, casi diagonal al cine, al lado de la arepera del portugués, que estos dos amigos se encontraban tomaban cerveza de a real, después de unas cuantas, se les acercó un topógrafo del Ministerio de Obras Públicas (MOP). Al parecer habían quedado unas picas sin limpiar, trabajo sencillo, macheteo pero era fin de semana y los obreros asignados al trabajo se habían ido. El trabajo topográfico debía estar listo para el lunes, venían unos ingenieros de Caracas, y el presidente había dicho que había que terminar la represa rápido, así que el pobre topógrafo no tuvo más remedio, que hablarle a estos dos amigos y rogarles el favor, con la promesa de un buen pago y pronto además, después de brindarles unas cuantas cervezas. Todos conocían a Don Candelario Martínez y todos conocían también la historia de Don Venancio, el hombre que paseaba hasta las riveras del río, a los borrachitos que encontraba durante los fines de semana, era pues una junta un poco peligrosa, ante la necesidad de hacer una pica de 1400 metros.

En ese bar, uno de los más antiguos de San Rafael de Onoto, cuyo dueño era como decíamos el Señor Peraza, tomaban cerveza un domingo en la mañana, estos dos amigos, cuando ante esa urgente necesidad llegó el

topógrafo a pedirles que hicieron esa pica, a lo que ellos accedieron, con la promesa de un buen pago algunos sándwiches, refrescos y comida. Al parecer ahí, en ese día, Venancio no hizo el trabajo al que estaba acostumbrado... o Candelario no lo recuerda. Lo cierto es que esa semana no le pagaron, por supuesto en la semana siguiente trataron de cobrar el trabajo que fue tazado por el topógrafo en setenta bolívares... infructuoso esfuerzo por cierto, ya casi dando por perdida los setenta bolívares llaman con tristeza al topógrafo y este reclama el pago de estos dos obreros extraordinarios, a lo que el ingeniero de la obra accede y promete para la semana siguiente ese pago. Cuando a la semana siguiente van a las instalaciones del tres, que era la residencia del ingeniero y el topógrafo de la obra para el pago de los setenta bolívares, don Candelario ve con estupor que al ser llamado Don Venancio sale éste corriendo y a la pregunta de... ¿Qué pasó Venancio te pagaron?... este le responde asustado —después hablamos chico— me tengo que ir muy rápido.

Una hora después llamaron a Don Candelario, a lo que el contesta —¡presente!— y observa que le pagan novecientos bolívares en vez de los setenta. Los toma y se va, decide

candelario apartar setenta bolívares que era el pago correcto y el restante ochocientos treinta los guarda debajo del colchón de su cama, y se va a la bodega de Estrada donde lo esperaba su amigo Don Venancio.

Horas después y después de veinte cervezas que pagaba Don Venancio éste pregunta a Candelario —¿cuánto te pagaron chico?— a lo que Candelario contesta pues setenta bolívares no fue lo que nos ofrecieron.

Horas después al despedirse pelaos los dos, Venancio le pregunta a Candelario ¿En verdad chico, cuánto te pagaron a ti?... Pues setenta bolívares eso es lo que nos ofrecieron y eso fue lo que nos pagaron, a lo que Venancio contesta, chico es que a mí me pagaron doscientos setenta, comentarío que no responde Candelario por malicia y riposta: ¿en verdad te dieron doscientos setenta? tu si eres templao, lo que responde Don Venancio; chico la verdad es que me pagaron novecientos y no sabia como decirte, a ti cuánto te pagaron... ¿setenta? ¡ya te dije que eran setenta que fue lo que nos ofrecieron y eso fue lo que nos pagaron!. No chico dice Don Venancio me dieron novecientos,-son tuyos —responde Candelario— yo voy a hacer una cosa dice Venancio te voy a dar cien y pago las cervezas, la mortadela y el

queso que nos comimos con el pan y tu no dices nada.

Unos veinte días después se encuentran de nuevo en el mismo sitio, los amigos, Candelario había guardado el dinero por si lo reclamaban mientras que Venancio lo había gastado. Venancio le pregunta de nuevo, chico de verdad te dieron 70 bolívares y a mi 900, le responde Candelario no chico...a mi me dieron 900 y cien tu son mil, así que me gane en el trabajito mil bolos...

—Candelario, tú eres un hijo de perra, tienes el alma negra. Me embromaste y además te puse una pea con mortadela, pan y queso y todo. Tienes en verdad el alma negra como un perro negro.

Esta es pues la historia de cómo un bobo, sin malicia embromó a un vivo que si era malicioso. Tratándose de alguien tan conocido como el famoso Don Venancio.

HISTORIA DE UNA PEQUEÑA GOTITA

Una pequeña gotita conversaba con un cristal de nieve sobre las bondades de sus formaciones y de cómo lo habían logrado, cuando de repente se les ocurre que debía haber una forma diferente de formarse, por que eran enteramente diferentes. Oyendo la discusión una montaña cercana les dijo:

—No debeis preocuparos por tu forma y tu origen, puesto que venís del mismo lado y del mismo sitio. Permitidme explicaros.

—Tú, pequeña gotita, venís de la condensación que se produce cuando el agua que esta en todas partes formando ríos, lagos y hasta mares encima de la superficie de nuestra tierra, ustedes se condensan formando nubes, en esa cosa que los humanos llaman nuestra atmósfera, y caen a la tierra de nuevo.

—Y tu cristal de nieve eres hermoso. Pero sabes de donde vienes, de más arriba de dónde cae tu amiga gotita en forma de lluvia, tu te enfrías lo suficiente para formar pequeños cristales de hielo que caen también poco a poco, pero sólo en los sitios donde el frío es más intenso, es decir la temperatura del medio ambiente es menor.

Pero aún no han conocido a la neblina,

que son cristales de agua casi congelados, aún mucho más pequeños.

Pero lo importante de esto es que tendríamos que hablar del ciclo del agua, de donde tu eres originaria y tu también nieve.

El agua está presente en todas artes, sin ella no existiría la vida, además debajo del suelo, que es parte de la naturaleza, esta ella de manera muy abundante.

Nace y siempre ha estado ahí, existen ríos y lagos muy lejos, muy pero muy lejos del suelo que ven los humanos y esta agua sale y sale, se eleva y se eleva y se condensa y se condensa se congela y se congela, hasta cumplir todo su ciclo. Es líquida, es sólida, cae, se condensa se evapora, se convierte en lo que ustedes son. Caen, y vuelve a comenzar de nuevo ese maravilloso ciclo.

Lo malo amiga gotita y copo de nieve es que junto a su amiga neblina hay algo, existe algo que le hace daño, mucho daño a esa humanidad a la que ustedes le han dado vida, a esa humanidad que depende de ustedes para la vida, y es que ellos lo han contaminado con productos tóxicos que usan para la agricultura, que les permite comer y alimentarse. Nos convertimos entonces en lluvia acida.

Hacemos daño pero no queremos hacer

eso, sólo queremos contribuir con una buena alimentación, con buenos cultivos, con una buena agricultura. Debemos pedirles entonces que sus desechos sean reciclados, que sus químicos usados para el campo sean los adecuados, que no dañen tanto el ambiente porque eso nos afecta y nosotros los afectamos a ellos.

Gotita...copo de nieve...hablemos a los humanos, para que no nos hagan daño, puesto que si nos dañan a nosotros, se dañan ellos también.

Y es que vivimos en un mundo donde dependemos de la naturaleza que nos da vida a todos, y ellos al dañar al ambiente dañan a todos los demás.

La naturaleza es una gotita, un copo de nieve y la neblina también, debemos estar tristes por lo que ocurre con el agua que nos da la vida.

Hablemos con ellos pidamos que nos cuiden, que no protejan, que nos amen y en retribución les daremos más vida.

SE FUE EL PADRE Y LLEGARON LAS LOCAINAS.

Eran alrededor de las 7:30 de la noche y el grupo de personas que estaban frente al Cacique, veían pasar en ese momento, a un vehículo tipo truck, Ford apache color azul claro, un poco destartalado, pero de doble transmisión del 56, cargado de unas 15 personas armados de tambores, cuatros y maracas. Se trataba de una de Las Locainas, quién sabe de donde vendrían. Una hora antes había pasado un camión siete cincuenta full, —por así decirlo— con alrededor de 40 personas. —quizá mas— por la Plaza Bolívar también tocando esa alegre muisca, se dirigían a Las Cocuizas, lugar donde iban a tener su baile esa noche Las Locainas, una tradición portuguesaña de muchos años, que al igual que Los Diablos de Yare, forman parte de nuestro patrimonio histórico-cultural.

Pero en el intermedio faltando exactamente tres minutos para las siete de la noche, había en la Plaza Bolívar una aglomeración muy grande de personas, unas personas propugnaban que el cura de la Iglesia, el presbítero actual, se quedaran, y aplaudían cuando él hablaba, fanatizados pensamos, y/o dogmatizados, pragmatizados, no sé qué

palabras usar para definir un concepto que permita reconocer los sentimientos de esas personas, también estaban del otro lado un grupo de personas no tan radicales como ello, que propugnaban que el cura se fuera.

Y a todas estas, lo más importante es que la Curia, a través de Monseñor Joaquín Moronta, primer Obispo de la diócesis, se había pronunciado en la prensa, por lo menos en tres oportunidades diferentes, también en la radio se había leído, en ese día, veintiuno de ese diciembre del dos mil cuatro, una especie de proclama donde se daba de hecho la desincorporación de ese presbítero, del servicio religioso y se le ordenaba obedecer, es decir entregar la sacristía y abrir la Iglesia a la feligresía, Iglesia que había estado cerrada por algún tiempo.

Pero también había, en esa aglomeración de personas, un tercer lado de esa disputa muy grande, que representaba a un porcentaje muy alto de la población, que no querían más que se abriese la iglesia, que se impartiesen los sagrados sacramentos y que la iglesia formase una vez más, parte de la comunidad, como en efecto debería ser, porque por tradición eran un pueblo eminentemente católico, y no había deseo, —sobre todo en esas navidades— más profundo pues, el

que la iglesia continuase con sus tradiciones religiosas. En ese momento, faltando unos tres minutos para las siete de la noche, sonaban estruendosas cornetas que contrastaban con el bullicio de la multitud agolpada frente y dentro de la Iglesia, que había sido abierta de manera violenta la noche anterior. Venían de caravana, todas las busetas de la línea Páez, porque ese día tenían su misa, ese día debería haberse hecho su misa, ellos esperaban desde tempranas horas, al igual que toda la aglomeración que se abriera la Iglesia para hacer su misa, la misa que se acostumbraba a celebrar en estas navidades, y que se dedican a un sector de la comunidad siempre cada día, hasta llegar al día veinticuatro, hoy le tocaba a la línea Páez y tocaron cornetas y pasaron en caravanas, raudos, veloces, se atravesaron en la avenida, trancaron todo el tránsito, la guardia nacional que estaba pendiente de que no hubieran hechos violentos, disolvió entonces, no la manifestación, porque no hubo manera, pero si disolvieron la descomunal tranca, restableciendo el tránsito. La aglomeración se disolvió y se fue de ahí preocupada, por el hecho de poseer un cura que salía de esa iglesia, que le son retirados sus votos, —es lo que les había parecido entender del edicto de Monseñor— que le

era ordenado retirarse, que era ordenado no impartir ningún tipo de sacramento, y del que se decía públicamente que además sus sacramentos no eran validos, según las normas conocidas, —ellos utilizan términos diferentes— y recordaban entonces, de que en una oportunidad anterior hacia 1819, alguien que se llamó Juan Vicente Emparan, Capitán General, Gobernador de la Provincia de Venezuela, un jueves santo a eso de las nueve de la mañana, hizo algo parecido, —pero mejor hecho— y que bien con el pueblo, con el mundo de ese entonces, cuando dijo, —entonces yo tampoco quiero mando— ante la multitud, luego que Vicente Salías lo obligara a regresar al Cabildo de donde se había retirado minutos antes, y donde se dirigió a esa misma multitud preguntándoles si querían seguir bajo su gobierno, con un también clérigo Madariaga, —por casualidad— aupando a la multitud a decir que no.

Juan Vicente Emparan renunció, y el pueblo aplaude aun hoy el hecho de esa decisión tan sabia, que tomara ese hombre en ese cabildo abierto.

Recordaban que lo de ese día no fue un cabildo abierto, estuvo presente un tribunal,

desconocían los nombres de los magistrados que estuvieron presentes, entre tantas personas, algunos concejales, el Sindico Procurador, miembros preocupados de la comunidad, ellos habían asistido también a todos estos actos que, por demás los avergonzaban, que por demás les preocupaban, porque se trataba de un sentimiento popular como el amor a la iglesia católica, el respeto, que profesaban desde muchísimos siglos a la iglesia, aún después de la colonia, con todos los defectos del coloniaje, se haya trastocado transformándose en algo tan pueril, en algo tan inútil, menos que mundano.

Y sentir como se expresaba el cura, de una manera —pensaban ellos— un tanto vulgar, tosca, cuando se dirigía a los presentes, estuvieron aun paso, de que se produjese algún tipo de desgracia, eso hubiese sido muy lamentable, Gracias a Dios no sucedió nada.

Pensaban, que ojala hubiese servido de reflexión, para que en el futuro estuvieran más unidos alrededor de la iglesia, pero la iglesia como institución, que se respetaran las decisiones que tome la iglesia, que cada uno de todos como feligreses, tanto los que van a misa, como los que no, tanto los que respetan a los curas como representantes de

Dios, como los que esperaban que no fuera la iglesia sino una palabra divina, la que definiera la situación del clérigo, —la palabra divina es difícil de concretar, porque es muy difícil que Dios venga a decirnos si el cura se queda o el cura se va— ellos tienen una normativa vigente, tienen una jerarquía eclesiástica que respetar, tienen un código de conducta y funcionamiento establecido, una misión que respetar, y sobre todo se deben al colectivo. Y el amor de ellos, y el trabajo de ellos, y el esfuerzo de ellos, debe estar orientado siempre al colectivo, que es ese católico que reza, de cualquier color, raza, nacionalidad, pobre o rico, ingrato o no, mejor tratado por las vicisitudes de la vida o no.

Apesadumbrados entonces, cabizbajos, pensativos todos, se fueron retirando... en pocos minutos no existían rastros de la aglomeración. Algunos pensaban con tristeza que el esfuerzo había sido en vano, otros no pensaban, sólo sentían con una profundidad tal que se les partía el alma. Luego todo se hizo silencio. Un silencio tan grande que parecía que no existía allí población alguna... hasta los grillos callaron. Rato después sólo los borrachitos de la calle con algún que otro transeúntes... y un policía bostezando de sueño se veía transitando frente a las iglesias del lugar...

DE LA FUNDACION DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL

Sitio de Onoto. Mayo de mil setecientos veintiséis.

Llovía torrencialmente aquella mañana del día primero de mayo de 1726, los caballos sobre los que estaban Fray Bartolomé de San Miguel, Fray Salvador de Cádiz, el capitán José Ignacio Sánchez, el Capitán Juan Delgado y el Alférez José Rivero, acompañados por el Gobernador de los indios Gayones Don Benito de Quiroz, otros dos indios de esa misma raza y el Capitán de los indios Achaguas llamado Don Cristóbal, extenuados hasta el cansancio parecían inquietos, nerviosos, la espuma que salía de su boca y el calor de sus pulmones, expelía un vaho nauseabundo, que se convertía de inmediato en pequeñas nubes blancas.

Esta pertinaz lluvia se habían mantenido por días, más de lo que ellos hubiesen deseado. Habían madrugado mucho para estar a primeras horas del alba, en esa linda quebrada llamada Onoto, situada a una legua de la cordillera de la Serranía San Pedro, que estaba al norte y a dos o tres leguas de la misión de Capuchinos de San Francisco de Cojedes, perteneciente a la villa de San

Carlos, de donde habían venido y estado en los tres últimos meses.

Hacia el poniente, a una legua, estaba el paso de Cojedes, lugar de tránsito obligado de los españoles, hacia el oriente la inmensidad de una hermosa sabana, llenas de frutales y pocos árboles, verdecita de un pasto que no crecía mucho.

Era en esa espesura donde habían estado casi tres meses, rozando los montes, buscando y reduciendo indios, de las naciones Otomacos, Amaibos, Guaranaos y Guamos, 263 habían traído y de ambos sexos. Tardaron cerca de tres meses, desde un 16 Enero hasta un 13 de Abril de ese mismo año. Durante ese tiempo no les quedó más remedio que adaptarse al medio que no era nada hostil.

Se dieron cuenta que no era necesario traer bastimentos, porque en los montes conseguían de todo, había unos extraños frutos amarillos largos y dulces, que venían enracimados y colgaban de unas matas gruesas, que tenían pocas hojas muy largas, pero habían tantos que costaba describirlos. Había también muchos peces y animales de cacería, mansos muy mansos pero muy sabrosos. Quizás por eso era que los indios eran tan flojos y desorganizados, ¡Imaginense, no trabajaban!, parecía que tan solo jugaban

todo el día, cerca de los ríos y quebradas.

Estos infieles parecían felices y hasta humanos, sin embargo hay una cosa que no entendían, las mujeres, en todas las tribus donde habían estado, eran las que sembraban y cosechaban. ¡Que cosa tan extraña!. Algunas de las cosas que sembraban ellas, daban su fruto junto a las hojas. Otras, lo daban debajo de la tierra. Esto era inmundo. ¡Imagínense, comer algo que estaba dentro de la tierra!

Si no fuera porque era mandamiento del Rey, ¡Qué Dios guarde! A lo mejor dejaba a los indios en paz. Era extraño como vivían desnudos. No entendían como parecían tan saludables.

Comenzaba a crecer el sol hacia lo alto, cuando decidieron que no había peligro y bajaron de los caballos, llevándolos aparte, cuidando que no tomaran agua. Cuando terminaron, el trece de abril de juntar los indios, los llevaron a la misión donde había otros ochenta. Fue allí, ya anocheciendo el día veintiuno, el Fraile Bartolomé de San Miguel recibe un mandamiento o comisión de Fray Salvador de Cádiz, donde le pide buscar sitio para la nueva fundación que ha de hacerse, y que obedece de inmediato...eso es lo que los trajo hasta este sitio tan bello. Los indios no

eran de ningún modo agresivos, sin embargo tenían miedo porque habían oído noticias de que Francisco de la Hoz Berríos, y los españoles que le acompañaban para fundar una población cercana, fueron atacados muchas veces por unos indios llamados Hacariguas, con unas lanzas pequeñas lanzadas muy lejos con un palo que tenía una cuerda, y algunos españoles había muerto.

Durante todo el día no pararon, ni siquiera para comer, era muy entrada la tarde cuando decidieron por fin hacerlo. Asustados, nerviosos, pero felices de haber levantado dos chozas grandes que habían techado de inmediato, con hojas trenzadas de lo que parecían palmeras, pero que no producían cocos. Estas chozas ya tenían uso, una de ellas, sería para el cura presidente que sería nombrado y que se quedaría para adoctrinar a los indios. Detrás de ella levantaron una rudimentaria cerca de palos amarrados, que serviría de cementerío.

Hacia mucho tiempo que había dejado de llover, pero ya no importaba, en la otra choza cabían todos los españoles. Los indios se habían regado por todas partes, haciendo unas chozas extrañas, pero de una manera muy rápida, ya las habitaban, no tenían puertas, solo techo y una pared de pasto y

ramas.

Era ya de noche, habían encendido fuego, cocinado y comido, cuando Fray Bartolomé de San Miguel quien era el notario, le preguntó llevándolo aparte a Fray Salvador de Cádiz, quién era el prefecto, cuando vendría y quién era el cura presidente.

—Lo esperaremos durante una semana, le respondió al fin después de un largo silencio. ¡Se trata de un portugués de nombre Fray Antonio de Oporto!, Esperaron esa semana y luego se marcharon. Fray Bartolomé de San Miguel y Salvador de Cádiz, no volvieron a saber de los indios ni de la fundación, puesto que tuvieron que descansar de la larga jornada y preparar la evacuación de pruebas, cosa que ocurrió en el 17 de Junio, para finalmente consignarle la certificación oficial, el 9 de Octubre a Salvador de Cádiz. Documentos que fueron firmados y redactados el 13 de Septiembre en la provincia de Caracas. Fue en ese entonces que se enteraron que los frutos de su trabajo para el Rey, que —Dios guarde— casi se pierden. No sabían las razones. Pero los indios se habían ido. Dos meses nada más, estuvieron con el cura presidente Fray Antonio de Oporto, y éste tuvo que buscarlos por los montes hasta encontrarlos a la orilla de un río más caudaloso, que era el de

Cojedes. Por fin después de encontrarlos, y ante la negativa de estos de seguirlo, el Fray tuvo que aceptar el hecho de que debía quedarse con ellos. Comenzó entonces de nuevo a construir iglesia y casa, para el cura presidente y el cementerío por los muertos que ya los había.

“Fray Bartolomé de San Miguel, predicador misionero apostólico y presidente de Nuestra Señora de los Ángeles de las Misiones de Calabozo. Digo, como en virtud de la comisión a mi dada por el Reverendo Padre Prefecto Fray Salvador de Cádiz según consta de su auto, pasé el día de hoy, que se cuenta primero de mayo con todos los indios Otomacos, Amaibos y Guaranaos, en numero de doscientos y tres, a este sitio de San Rafael de Onoto, que es el que esta elegido para la fundación del pueblo que ha de hacerse de los referidos indios,”

Índice

Onoto	11
Juan del morro	19
¡Ah! Tiempos aquellos	23
Hota	29
El niño Simón	35
Hablemos un poco del Bolívar niño y del Bolívar hombre.	42
Mi loco	49
De cómo don Candelario embromó a don Venancio	54
Historia de una pequeña gotita	61
Se fue el padre y llegaron Las Locainas.	64
De la fundacion de San Rafael Arcángel	70

Corrección: Oswaldo Ramones
Diagramación: Reinaldo Guanda
Diseño de portada: Reinaldo Guanda
Prensa: Yaileth Colmenares

Los 500 ejemplares de este título
se imprimieron durante el mes de enero de 2012 en el
Sistema Nacional de Imprentas

Guanare, Venezuela

Oswaldo Rafael Ramones (Maracaibo, 1956). Escritor, historiador, pintor, dibujante y diseñador gráfico. Ha realizado trabajos en los medios de radio y televisión como locutor. Durante años se desempeñó como columnista en el diario El Regional. Posee amplia formación en las áreas de patrimonio, literatura y poesía. En el año 2004 editó su propio libro, titulado "Abajo Cadenas". Editó también su primer libro, "Treinta años". Ha vivido en ciudades como San Juan de los Morros, Maracay y Acarigua; desde hace dos décadas, hace vida en la ciudad de San Rafael de Onoto, Portuguesa; ha representado al municipio en diversas actividades poéticas, históricas, patrimoniales y culturales. Cambió la historia del pueblo y la hizo cuento. Tiene en mente unos 20 proyectos que mejorarían sensiblemente la vida comunitaria y que estarían a disposición de los que pudieran ejecutarlos.



ISBN 978-981-14-2155-8



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

